

21 8

EL DIAMANTE ORLOW

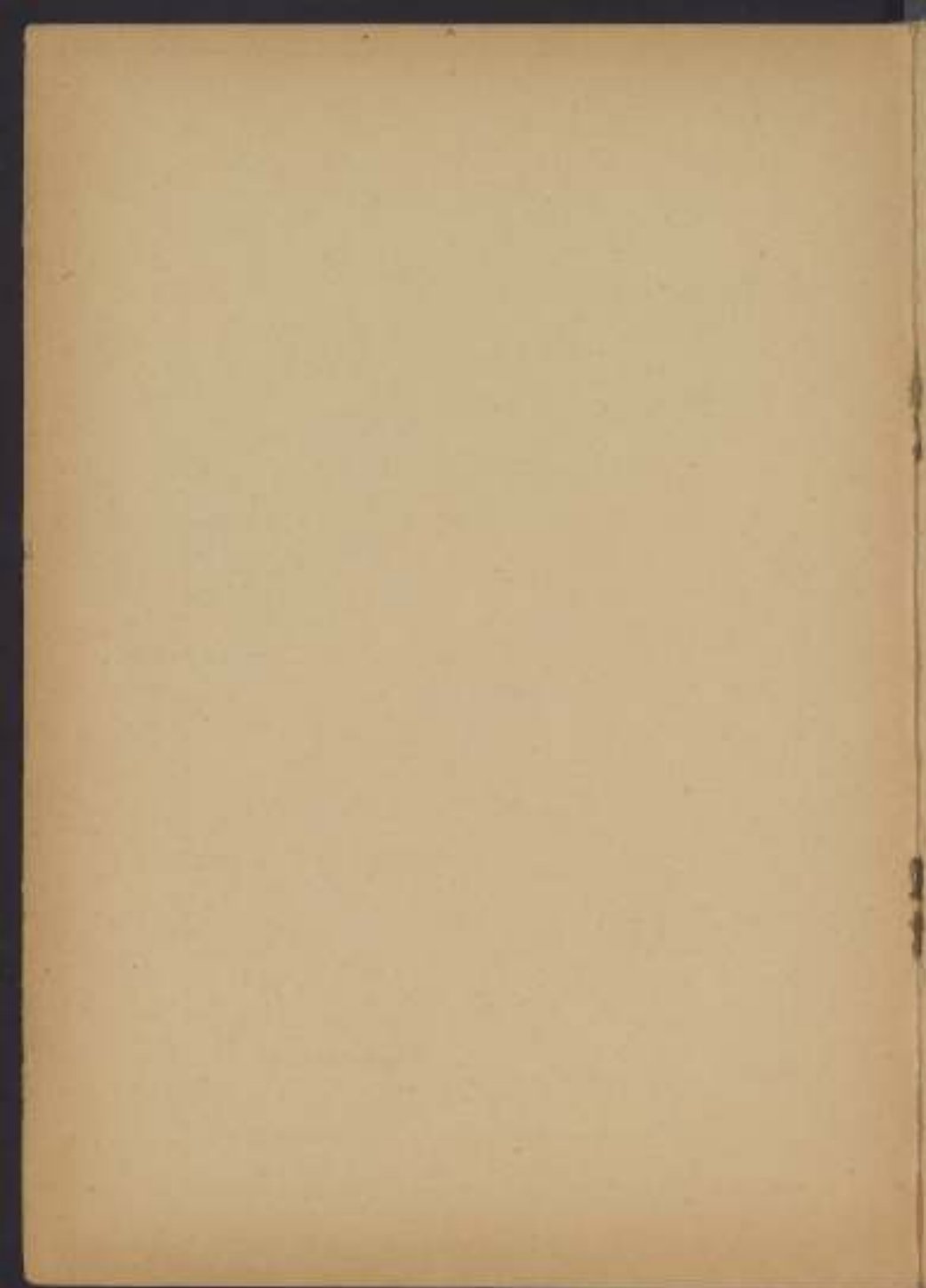


LILIANE HAID

IVAN PETROVICH

50 cts

SELECCION
FILMS
DE
AMOR



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

NUEVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Teléfono, 394-Apellido 707-Tel. 10057-Barcelona



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agencia de ventas: Cdad. Oral. Exp. Nota de Librería, Barbadé, 14 y 16-Barcelona

AÑO 11

NÚM. 31

El diamante Orlov

EXCLUSIVAS
FILMOFONO

Rosellón, 238 - BARCELONA

Una de las joyas más preciadas del mundo entero fué el célebre diamante Orlov, perteneciente a la casa Romanow. Su posesión después de la revolución rusa dió lugar a que los más hábiles estadadores, escudriñasen el paradero de dicha piedra y basada en uno de esos hechos, se filmó *El diamante Orlov* donde la intriga, se hermana graciosamente con la comedia y el interés de unos amores cuyo romanticismo, produce un agradable deleite. Creación de

PRINCIPALES INTERPRETES

LIANE HAID

Nadia . . . LIANE HAID
Alejandro . . . Ivan Petrovich
Rosch . . . Alexander Hafiter

Narración literaria de
M. Nieto Galén

SELECCION FILMS DE AMOR

56 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché-Portada a todo color-80 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Katho de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Marat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Banetoff.
TENTACION	Jodi Mar Oren.
ESTUPRACIENTES	Jean Marat.
EL HECHIZO DE HUNGRÍA	Gustav Froelich.
EL MALVADO KAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Fioralla.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francis.
VERONICA (La florista)	Franciska Gaal.
LUCES DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Guasito de sol)	Franciska Gaal.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIEBLUNGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Kiegura.
EL INAMANTE ORLOW	Ivan Petrovich.
EL KANEWITSCH	Martha Eggerth.
SAGRARIO	Hamón Pareda.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remite el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL RECUERDO DE LA PATRIA

Hacia unos años que había terminado la guerra europea, el mundo había sufrido ese desequilibrio que parece que jamás vuelva a hacerse y la gran familia rusa andaba dispersa por toda Europa, como errantes seres que buscasen un refugio.

La nobleza rusa había sufrido el terrible golpe de la revolución, las fortunas más fuertes habían sido deshechas bajo el impetu arrollador de las masas y las casas más aristocráticas veían a sus miembros dispersos.

Aquellos que nunca habían sentido su frente bañada por el honrado sudor del trabajo, los que jamás conocieron más yugo que el que les imponía su voluntad tuvieron que someterse a la orden de suprema de «ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Berlín, París, Viena, Roma, Londres... Todas las grandes capitales servían de refugio a los expulsados o huídos de Rusia, y en estas grandes urbes buscaban trabajo y se arremolinaban como rebaño temeroso para recordar tiempos pasados y comunicarse esperanzas de un porvenir más halagüeño.

Príncipes, grandes duques, generales, etc., constituían aquella familia de huídos, y cuando solían reunirse, entre ellos, seguían manteniendo el mismo respeto, las mismas consideraciones y los mismos tratamientos, como si aun vivieran en los tiempos de la Rusia imperialista.

París y Berlín habían sido las dos capitales que más habían recogido en su seno a huídos de la corte zarista y ya no causaba impresión el ver al que fué príncipe y señor de grandes riquezas convertido en simple camarero, o en otro menester cualquiera.

Pero las esperanzas de un porvenir más rosado iban alejándose a medida que pasaban los días, los acontecimientos en la patria lejana no daban la menor indicación de un cambio de régimen y poco a poco iban sometiendo a la realidad de los hechos, con la resignación propia del que sabe que nada puede hacer para torcer su curso.

Sin embargo, el recuerdo de la patria lejana no se borraba de ninguno de ellos y en la soledad de sus hogares muchos de ellos, al dormir soñaban con aquellos campos de doradas mieses, con aquellas canciones típicas, con sus bailes clásicos, y con todo lo que significaba el folklore de la Rusia tan amada.

En un quinto piso de una casa de un barrio berlinés dormía profundamente un joven de unos veinticinco años. Era alto, de constitución fuerte, frente ancha y despejada y sus ojos negros mantenían un brillo de dominio y energía.

Dormía tranquilamente y soñaba ante el sueño que en aquellos instantes lo dominaba. Hasta él llegaba el sonido alegre de las campanas de las aldeas rusas y entre sueño seguía una popular canción rusa que decía:

*Bim... Bam... Bam...
Suenan las campanas de Nowgorod...
Sólo suenan—lo sabe cualquier niño—
cuando hay dos enamorados en idilio.*

—¡ Señor Doroschinsky !—sonó de pronto una voz a su oído con insistencia, que hizo que el joven abriera pesadamente los ojos.

La voz de aquella mujer volvió a llamarlo con igual insistencia y le dijo:

—¡ Arriba !... ¡ Ya es la hora !

Dejó el servicio del almuerzo sobre una mesita y continuó diciéndole:

—Mucho ha dormido usted hoy.

—¡ Oh !—exclamó sonriendo el joven, recordando todavía

el sueño que acababa de tener—. ¡He soñado con Rusia!

La patrona lo miró fijamente y al advertir el entusiasmo con que hablaba de Rusia, le dijo:

—Debe gustarle poco, Berlín.

—Me gusta y quiero a Berlín, que me ha amparado—respondió el muchacho—, pero la patria es la patria.

—Bueno, pues dése prisa que se le enfría el café—terminó diciéndole la patrona—. Hoy llegará usted tarde a la fábrica.

—No se apure—respondió él—. Ya verá como no sucede así.

Se vistió rápidamente y una hora después estaba ya trabajando en la fábrica de automóviles, donde prestaba sus servicios como mecánico.

Al poco rato entró uno de los dos socios propietarios de la fábrica y corrió hacia su despacho, como poseído por una idea importantísima.

Era éste el señor Rosch, hombre de unos cuarenta años que había hecho una gran fortuna con la industria del automóvil. Al llegar a aquella edad se dió cuenta de que jamás se había enamorado y precisamente se dió cuenta de ello, con motivo de la actuación de la gran artista rusa Nadia Kovaska. La belleza de aquella mujer, su juventud plétórica de alegría, su cuerpo de líneas admirables, su distinción y cuanto había en ella había producido tal efecto en el señor Rosch, que desde el primer día de su debut se convirtió en un ferviente admirador suyo, que obedecía cualquier capricho de la artista con la misma humildad de un esclavo.

En cuanto llegó a su despacho, cogió un periódico de los que había sobre la mesa y leyó un suelto que se refería a Nadia y en el cual se decía:

«LA DESPEDIDA DE NADIA KOVASKA

«La despedida de Nadia Kovaska fué un triunfo clamoroso para la artista. Fascinó al público con su gracia encantadora y su maravilloso temperamento. Cada línea de su cuerpo es perfecta...»

El señor Rosch dejó de leer y llamó por teléfono a casa de la artista. Nadia se hallaba en aquel instante en manos de la masajista y ésta fué la que se puso al aparato, mientras la artista le preguntaba:

—¿Quién llama?

—Es el señor Rosch que desea hablar con la señora.

Nadia hizo un gesto de indiferencia y alargó el brazo, diciéndole:

—¡Bah!... ¡Trao, a ver qué quiere!

El señor Rosch, en cuanto se puso en comunicación con la artista, le preguntó mimosamente:

—¿Ha descansado usted bien sobre sus laureles?... La he llamado únicamente para felicitarla, por su formidable triunfo de ayer... ¿Estará usted contenta?

—Sí, estoy muy satisfecha del público—respondió Nadia—. ¿Y mi coche, cómo va?

—Ya está terminado... En seguida se lo enviaré

—No es preciso—se apresuró a decirle ella—. Iré yo misma a recogerlo dentro de una hora.

—¿Vendrá usted aquí?—exclamó alegremente él—. ¡Magnífico!... ¡Estupendo!... ¡Cuánto me alegro!

Mientras él hablaba por teléfono, entró en la fábrica el otro socio. Era un muchacho de unos veinticinco años, simpático a más no poder y que se reía de aquella pasión que Nadia había despertado en su socio. Se dirigió directamente al despacho de la dirección y el señor Rosch al verlo, no pudo contener su alegría y le dijo:

—¡Qué contento estoy!... ¡Qué contento estoy!

—Lo que parece es que estás chiflado... ¿A qué esa alegría desbordante?

Porque tengo mis motivos—continuó diciéndole el señor Rosch—. ELLA viene... ELLA, NADIA... Fíjate que estuvo aquí ayer y anteayer... ¿Sabes lo qué significa esto?

Su socio se le quedó mirando fijamente y al fin le respondió:

—Claro que lo sé. Eso quiere decir que eres idiota perdido... Yo también creí que venía por mi cara bonita, pero mi chofer ha descubierto que viene por EL.

—¿Por tu chofer?—preguntó atónito el señor Rosch.

—No, precisamente por el mío, no, pero sí por uno de nuestros obreros.

El señor Rosch al oír aquella afirmación de su socio, sintió como si le hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza y preguntó inmediatamente:

—¿Quién es ese obrero?

—Sólo sé que es ruso y que Nadia se interesa arduamente por ese ruso.

—¡Pues, a ese ruso hay que echarle a la calle!—exclamó el señor Rosch, que no podía admitir que un obrero suyo se convirtiera en su rival.

—No, querido—le dijo el joven compañero—. Ya sabes que en lo tocante al personal es de mi competencia.

—¡Pues, hay que echarle!—insistió el señor Rosch.

—¡Y yo te digo que no!—respondió el otro socio.

Y sin querer discutir más con él salió hacia los talleres de la fábrica, para ver quién era aquel obrero que de tal forma había sabido interesar a la célebre artista.

Mientras él iba en busca del ruso, Nadia llegaba a la fábrica y directamente se dirigió en busca del señor Rosch, quien al verla le dijo entusiasmado:

—¡Qué dicha, Nadia!... ¡Verla otra vez aquí!

Pero ella, sin dar importancia a la amorosa exclamación del industrial recogió unos papeles que había sobre la mesa y después de leerlos por encima, le preguntó:

—¿Es éste el carnet del coche?

—Sí—replicó su admirador—, pero dejemos eso ahora. Hablemos de nosotros... Nadia, yo le aseguro que...

Pero ella sonriendo coquetamente, sin darle tiempo para que le declarase su amor, le interrumpió, diciéndole:

—¿De cuánto dice que es el seguro?... El seguro del coche.

—Ya le he dicho que dejemos eso—insistió nuevamente el industrial, acercándose a Nadia y mirándola amorosamente—. Oigame, Nadia.

Pero Nadia volvió a reír y arrojándole una bocanada de humo del cigarrillo que fumaba, le respondió:

—No se acerque usted tanto, que puede quemarse... ¿Vamos a ver el coche?

Y arrojando indiferente la colilla de su cigarrillo salió del despacho para ir a buscar el coche que acababa de comprar.

EL OBRERO RUSO

El socio del señor Rosch, entró a los talleres y dirigiéndose al jefe de ellos, le preguntó:

—Hay aquí un obrero ruso, ¿verdad?

—Sí—le respondió—. Un tal Doroschinsky.

Y señaló hacia donde estaba éste.

El dueño de la fábrica se dirigió inmediatamente adonde estaba el obrero, que se hallaba ajustando unas piezas debajo del vehículo y le dijo, a la vez que cantaba una canción rusa:

—Oiga, ruiseñor... Suba usted.

—Ahora no puedo—le respondió—. Tengo que acabar este coche.

—¡Le he dicho a usted que suba!—le ordenó imperiosamente el dueño.

Doroschinsky salió de debajo del coche y al ver al dueño, lo miró fijamente, hasta que de pronto exclamó alegremente sorprendido.

—¡Guigú!

Al oírse llamar por su diminutivo el propietario de la fábrica quedó sorprendido por aquella franqueza y le dijo:

—¿Pero está usted loco?... ¿Qué manera de tratarme es esa?... ¿Acaso nos hemos emborrachado alguna vez juntos?

Doroschinsky se echó a reír y le respondió con igual franqueza:

—Casi, casi... Pero, ¿no me conoce usted, Guigú?

Guigú lo miró fijamente. Poco a poco empezó a recordar aquella cara, hasta que exclamó:

—¡Usted!... ¡Alejandro, Alexandrovitch!... Ahora le reconozco, aunque... no sé...

—¿Duda usted todavía?... Soy yo, el mismo—insistió Doroschinsky—. El Gran Duque Alejandro Alexandrovitch.

Guigui, convencido ya de la autenticidad del gran duque, le hizo sentar allí mismo y le preguntó:

—¿Cómo trabaja en nuestra fábrica?

—Porque la nuestra ha quebrado—respondió riendo Alejandro Alexandrovitch, que era el verdadero nombre de Doroschinsky—. El gran imperio ruso, aquella hermosa fábrica dió en quiebra y los que estábamos en ella tuvimos que huir a buscar albergue en otro sitio... Eramos 140 millones de obreros... pero el sistema era viejo. Rodaje oxidado, recalentado... y un día saltó en pedazos el motor...

En aquel momento llegó el encargado de talleres y acercándose a Alejandro le ordenó:

—Deje este coche y vaya a probar el coche de la señora Nadia.

Alejandro sonrió mirando al dueño de la fábrica, se puso la americana y se dirigió al coche que había comprado la artista.

Guigui le siguió y doliéndole que un antiguo amigo suyo tuviera que emplearse en tales menesteres, le dijo:

—Deje eso, Alteza. Yo daré orden de que otro...

Pero el gran duque sonrió modestamente y le respondió:

—No se preocupe. El servicio, es el servicio... Le suplico la mayor discreción. Tengo su palabra de honor.

Se estrecharon las manos y Alejandro salió con el coche hasta la puerta de la fábrica, donde esperaba Nadia y el señor Rosch.

Al llegar donde estaban ellos, Alejandro se apresuró a apearse del coche para abrir las puertas y se quitó respetuosamente la gorra.

El señor Rosch mostró a la artista su coche y le preguntó:

—¿Le gusta?

Nadia miró con el rabillo del ojo al chofer y respondió intencionadamente:

—Mucho.

—Ahora está algo sucio—volvió a decirle el señor Rosch, refiriéndose siempre al coche—. Pero bien lavado le gustará más.

Nadia, refiriéndose también al chófer, volvió a decir:

—Lo creo... Estoy convencida de ello.

Subió al coche seguida del chofer, y el señor Rosch ocupó un asiento tras ellos. Pero al darse cuenta Nadia protestó cariñosamente, diciéndole:

—Eso no está bien, querido Rosch... Estrenar tres personas un coche, trae mala suerte... Yo soy muy supersticiosa.

El señor Rosch intentó protestar, pero Nadia insistió en su deseo de que se apeara, diciéndole al fin:

—Si no baja usted, yo no voy hoy en este coche... Soy así... La superstición es una cosa que la creo a ojos cerrados.

Y en vista de que no había más remedio que acceder a la súplica de Nadia, se apeó del coche y los vio partir a los dos.

En aquel momento se acercó su socio, y al verlo solo le preguntó burlonamente:

—Pero, ¿no has ido con ella?

—No—respondió el señor Rosch—. Yo soy muy supersticioso y tres en un coche nuevo...

Guigui no pudo contener la risa y su socio le preguntó imitado:

—¿De qué te ríes?

—De nada, de eso de la superstición.

Y riendo burlonamente se separó de su socio para entrar de nuevo al despacho, donde poco después entró el señor para empezar el trabajo de aquel día.

La excursión que sirvió para probar el coche fué larga. Nadia se hizo llevar a un pueblecito cercano, donde comió y luego se dirigieron nuevamente hacia otros lugares, hasta que al fin hizo detener el coche y se apeó de él. Alejandro, siempre respetuoso, siempre en su papel de mecánico, descendió del vehículo y Nadia le dijo:

—Consigue mucha velocidad este coche, ¿verdad?

—En efecto—respondió Alejandro—. Es un buen coche.

Nadia lo miraba cada vez con menos recato y le preguntó:

—¿Lleva usted mucho tiempo en Berlín?

—Sí—contestó el chofer—. Desde que perdí mi colocación en Rusia.

—¿Era mejor aquella colocación?

Alejandro Alexandrovitch, recordó en unos segundos la existencia de gran señor, que siempre llevó en su patria, y respondió irónicamente:

—Algo mejor.

—¿Ganaba más?

—Mucho más... aunque sin merecerlo.

—¿Y qué vida hace usted?—inquirió curiosamente Nadia.

—Pues, de día trabajo en la fábrica y de noche voy a Mayowsky.

—¿A la taberna rusa?—preguntó Nadia—. ¿Y qué hace allí?... ¿También trabaja?

—No, allí nos reunimos los compatriotas, tocamos la balalaika y cantamos canciones de nuestra patria.

Nadia sacó un cigarillo y le ofreció otro a Alejandro, que se apresuró a ofrecerle humo a su vez. Cuando lo hubieron encendido, la artista se dio cuenta de la hora que era y le dijo:

—Es bastante tarde... Llegaremos de noche a Berlín... Vámonos.

Volvieron a subir al coche y emprendieron el camino de regreso hacia la casa de Nadia.

Entre tanto, el señor Rosch había ido a buscarla a su casa y le preguntó a la doncella:

—¿Fue la señora?

—Aun no ha vuelto.

El fabricante de autos sacó su reloj, miró la hora que era y exclamó:

—Pues, ya es tarde...

—No creo que tarde en volver—respondió la doncella—. ¿Quiere esperarla?

—Sí—replicó el señor Rosch—. La esperaré hasta que llegue.

Al cabo de media hora de estar esperándola, llegó Nadia, pero en vez de apearse por la puerta principal de su casa, la hizo por el jardín, sobre el que daban sus habitaciones particulares.

Se apeó del coche y se despidió de Alejandro, diciéndole:

—Lleve el coche al garage... Buenas noches.

Echó a andar hacia su casa y Alejandro se dio cuenta de que se había dejado los guantes, los recogió apresuradamente y la alcanzó antes de que entrara, diciéndole:

—Se olvidaba esto, señora.

—Gracias—respondió sonriéndole deliciosamente la artista.

Alejandro no pudo resistir el encanto de aquella sonrisa, ni la belleza extraordinaria de aquella mujer y murmuró tristemente:

—¡Qué lástima!

—¿Lástima, de qué?—preguntó Nadia.

El, como si respondiera a un íntimo pensamiento, siguió diciendo:

—Adquirido ya el coche... no volverá usted por la fábrica.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó Nadia.

—Pues que ya no la volveré a ver—le respondió el chofer.

La artista se le quedó mirando severamente y al fin, queriéndose imponer a sus propios sentimientos, le dijo despectivamente:

—¡Qué atrevimiento!

Alejandro inclinóse ante ella y descubriéndose cortesmente procuró disculparse diciéndole:

—Perdóneme...

—Buenas noches—respondió Nadia entrando en su casa.

Max, a penas llegó a su cuarto corrió a la ventana y oculta tras el visillo miró a Alejandro, que emprendía la marcha hacia el garage.

Como había entrado por aquella puerta trasera no tuvo necesidad de pasar por el salón y nadie se dió cuenta de su entrada en la casa.

Recostada sobre el quicio de la ventana quedó durante unos segundos pensativa, con el pensamiento lleno de la imagen de Alejandro. Mimosamente se dejó luego caer sobre un sofá y fué quitándose los zapatos, mientras que cantaba una canción, que ella misma había hecho popular y que decía:

*No hay quien se libre del poder de un día,
que incita, irresistible, a hacer tonterías...
y en el cual la vida late fuertemente
y la sangre en las venas hierve,*

mientras un diablillo nos murmura, alegre:
"Ten cuidado esta noche, niña,
que está acechando la tentoría".

Al terminar de cantar, entró su doncella y le dijo sorprendida:

—¿Está usted aquí?... No la oí llegar.

—Vísteme corriendo—le respondió Nadia, quitándose ella misma el vestido—. Y avisa un «taxi»... ¡Quiero salir esta noche!

—El señor Rosch la espera en el salón—le advirtió la doncella mientras terminaba de vestirla.

Nadia demostró una gran contrariedad con aquella visita y echándose sobre ella un amplio peinador que ocultaba el traje con que iba vestida, salió al salón donde la esperaba el señor Rosch, que le dijo al verla:

—¡Al fin!... Me ha tenido usted muy intranquilo... ¿Qué tal la prueba?

—Estupenda—le respondió Nadia—. El coche es magnífico.

—¿Le agradó también el chófer?—le preguntó, mirándola con interés, para ver el efecto de su pregunta, pero Nadia supo disimular admirablemente y replicó con indiferencia:

—Pech... No está mal.

—Bueno, pues ahora dése usted prisa... Hablamos quedado en ir a la Ópera esta noche.

—Es verdad—comentó Nadia, llevando una mano a la frente y demostrando no encontrarse bien—. Le ruego que me dispense, querido Rosch, tengo una jaqueca terrible. Deseo acostarme en seguida... Buenas noches.

El señor Rosch, sorprendido por aquella repentina jaqueca, no insistió más en su deseo y esperó a que ella entrara de nuevo en su habitación para salir de la casa.

Cuando Nadia oyó cerrarse la puerta llamó a su doncella y le preguntó:

—¿Se ha marchado ya ese pelma?

—Sí, señorita—respondió la doncella.

Inmediatamente se quitó el peinador que llevaba cubriéndole el vestido y salió a la calle, donde ya había un taxi esperándola.

LA TABERNA RUSA

El señor Rosch no había quedado muy convencido con aquella excusa de la jaqueca. Sabía que cuando una mujer quiere estar sola suele quejarse siempre del mismo mal, y ésa, en aquella ocasión, sospechaba que los deseos de Nadia eran el que la dejase sola, a la vez para ir en busca del chófer. Por lo mismo, cuando salió de casa de Nadia se acercó a su coche y le dijo al conductor:

—Da la vuelta a la esquina de la casa y para allí.

No pasaron más de diez minutos cuando vió salir a Nadia y subir en el taxi que estaba parado en la puerta, oyéndola decir:

—¡A Mayovsky!

Partió el coche, y tras él, el que iba ocupado por el señor Rosch.

En Mayovsky hacía ya más de una hora que estaba Alejandro Alejandrovitch. Se hallaba reunido con varios compatriotas suyos y entre todos recordaban la patria lejana, cantando bellas canciones y tocando música típica de aquel país. Cuando menos se lo esperaba se acercó a él el dueño de la taberna y le dijo al oído:

—Hay una señora que te aguarda en el salón. No quiere que te diga su nombre.

Alejandro Alejandrovitch salió inmediatamente y al llegar al salón quedó sorprendido por la presencia de Nadia.

—¿Usted?... ¿Usted aquí?—le preguntó.

—Sí—respondió Nadia sonriéndole deliciosamente—. ¿Le molesta que haya venido?

—Al contrario, su visita me alegra infinito—exclamó él.

Nadia corrió con la mirada todo el salón y volvió a decirle con refinada coquetería:

—Quería conocer esto... Resulta muy agradable.

Los dos jóvenes quedaron un rato en silencio. Hasta ellos llegaban las voces de los que dentro de la taberna cantaban una canción del país y ambos se sentían poseídos por aquella música que les hablaba de años pasados, de momentos felices de niños. Nadia fué la que primeramente se rehizo de aquel instante de melancolía y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Alejandro Alexandrovitch—respondió éste con sinceridad, sin quererle ocultar su nombre.

—Yo le llamaré «Sascha»... ¿Le disgusta?

—De ninguna forma—. Así me ha llamado ya alguien.

Nadia no pudo disimular sus celos. Presintió la existencia de otra mujer en la vida de aquel hombre, contra cuyo amor nada podía su voluntad y le preguntó de nuevo con gran interés:

—¿Era una mujer la que le llamaba así?

—En efecto—respondió él, dándose cuenta del efecto de sus palabras.

—¿Muy bella?

—¡Muy bella!—exclamó con admiración el joven.

—¿La quiso mucho?—preguntó rabiosilla Nadia.

—Mucho... La quise con toda mi alma.

Nadia se apartó de él y Alejandro, acercándose a ella, le dijo cariñosamente:

—La quise con todo el cariño que un hijo quiere a su madre... Aquella mujer tan bella era mi madre.

Nadia se volvió rápidamente. Sintió que su corazón experimentaba una alegría como jamás la había sentido y le sonrió con el alma puesta en los ojos.

Recorrió nuevamente el salón y se fijó en un cuadro, diciéndole:

—¿Qué es esto?

—Esto es tierra rusa—le respondió Alejandro. Es nuestra Patria... Una troika sobre el Neva.

—¡Qué bella ciudad!—murmuró Nadia.

Vió en aquel momento una balalaika colgada y mostrándosela, le dijo:



La excursión que sirvió para probar el coche fue larga.



-Yo le llamaré «Sascha».
¿le gusta?



V. poniéndose a cantar
una canción de Rusia.



Rosch había organizado
una fiesta en su casa.





Nadie había llegado hasta
después estaba Alejandro.



- No hay más que un Gran Duque
Alejandro Alexandrovitch y ese soy yo.



-Sencillamente, quitarle el collar que
lleva. Debe ser de gran valor.



- ¡Cuz! se le va a hacer!
Va sabe indel quien soy yo.



—¿Toca usted la balalaika?

—Naturalmente—respondió él, apoderándose de ella.

Y mientras que templaba las cuerdas del instrumento, Nadia le preguntó, con el interés propio de la mujer enamorada:

—¿Y nadie le retuvo en su patria?

Alejandro se acordó de la revolución y respondió:

—Al contrario, se alegraron de que me marchara...

—Algunas mujeres... ¿Era rubia?... ¿Morena?...

—No eran ellas—replicó Alejandro—. Las mujeres siempre me dieron miedo.

Y poniéndose a tocar una canción de Rusia, empezó a cantar al mismo tiempo la letra, que decía:

*La balalaika me lo advirtió siempre:
¡Ten cuidado, que el amor envuelcel!
El amor va y viene rauda, como nace,
florece y se marchita, se esfuma y renace.
El gran amor, antaño ideal de poetas,
es hoy una leyenda
que empieza,
Erase una vez...*

Los otros parroquianos, al darse cuenta de la compañía de Alejandro, fueron acercándose a donde estaban los dos jóvenes, y cuando estuvieron en la puerta del salón se pusieron a tocar una czarda, hasta que Alejandro les dijo:

—Podéis entrar.

Entraron los músicos, y pronto Nadia se puso a bailar al son de aquella música, sin darse cuenta de que el señor Rosch había entrado y la había visto bailando.

El fabricante de autos salió de la taberna y le dijo al taxita que estaba a la puerta:

—¿Espera usted a alguien?

—A la mujer que he traído—le respondió.

—Está bien—exclamó el señor Rosch, quien se dirigió a su chauffeur y le dijo:

—Márchese a casa... Iré a pie.

Los músicos, una vez que terminó el baile, se marcharon, y Nadia se quitó el pañuelo que se había colocado en la cabeza, a la vez que recogía el abrigo para marcharse. Alejandro se acercó a ella, y le preguntó tristemente:

—¿Se va usted ya, Nadia?

—Sí—contestó ella sonriendo—. Ahora hay que ser razonables.

—¡Quédese más tiempo!—le suplicó él.

—No puedo—respondió Nadia—. Comprenda usted que es muy tarde.

—¡Qué lástima!—dijo con tristeza.

—¿Lástima?... ¿Por qué?

Alejandro fué a decirle el motivo de su tristeza, pero se acordó de lo que le había pasado aquella misma noche con ella, y respondió sonriendo:

—Por nada... Temo otra ducha como la que recibí antes.

Nadia comprendió que tenía razón, incluso para estar enfadado con ella, y riendo alegremente le dijo:

—Lo compensaré de ello.

Y antes que Alejandro pudiera darse cuenta se abrazó a él y lo besó amorosamente. Alejandro intentó retenerla en sus brazos, pero la artista consiguió evadirse y corrió al coche que la esperaba, diciéndole al taxista:

—Lléveme a casa.

Hasta que estuvo dentro del automóvil no se dió cuenta de la presencia del señor Rosch, a quien le preguntó incomodada:

—¿Qué hace usted aquí?

—Esperaba que usted llegase—respondió tranquilamente el otro.

—¿Para qué?

—Para librarla de hacer una tontería—volvió a decirle el fabricante—. Sé que no tengo ningún derecho a ello, pero quiero tomármelo antes de que sea demasiado tarde... Nadia, ¿quiere usted casarse conmigo?

La artista se echó a reír y le respondió:

—No es este el momento más oportuno para una declaración. Estoy muy cansada y quiero estar sola... Le ruego que me deje en casa y se marche... Tiempo habrá de que podamos hablar de esto.

Se apeó del taxi cuando llegaron a la puerta de la casa de la artista y ésta entró directamente sin darle la menor esperanza a su admirador.

Cuando Nadia salió de la taberna, Alejandro fué al teléfono y llamó a Guigui. Había concebido una idea para poder conseguir el amor de Nadia. Necesitaba entonces dinero para poderse lo ofrecer, a la vez que su amor.

Cuando el joven fabricante de autos se puso al aparato le dijo:

—Soy Alejandro Alejandrovitch... Quisiera hablar con usted de algo muy importante.

—Acérquese al Club... En seguida iré.

—No puedo—respondió Alejandro—. No estoy bien vestido... Venga usted por aquí.

—¿Y dónde me espera usted?

—Detrás de nuestra fábrica, bajo el puente.

—Está bien—respondió Guigui—. Dentro de unos momentos estaré ahí.

Y tal como había prometido, al cabo de media hora, Guigui estaba en el lugar donde lo había citado Alejandro, a quien le dijo:

—Qué sitio más tétrico éste... ¿Cómo ha elegido este lugar para entrevistarnos?

—Porque es el más a propósito para que nadie nos vea. Le he hecho venir para pedirle un favor... Se trata de un secreto que sólo a usted quiero confiar.

—Me halaga esa confianza—respondió sonriendo Guigui—. ¿De qué se trata?

—Se trata de que me venda usted el «Orlow».

—¿El célebre diamante Orlow?—preguntó Guigui.

—Sí—siguió diciéndole Alejandro—. Es propiedad mía, por decisión de mi familia.

—¿Debe ser una maravilla esa piedra?—preguntó Guigui, que ya había oído hablar del famoso diamante.

—Lo es. Hasta ahora nunca he querido separarme de esa piedra... Sin embargo, necesito venderla.

—¿Y soy yo precisamente quien ha de venderla?

—Es muy natural—le dijo Alejandro—. Yo no puedo hacerlo. No tengo relaciones a quien poderse la ofrecer... ¿Puedo contar con usted, Guigui?

—Acepto la responsabilidad—le replicó el fabricante de autos, a la vez que se apoderaba del diamante, que el otro le entregó encerrado en una bolsita.

Y en cuanto lo tuvo en su poder, ante el temor de que pudieran quitárselo en aquel lugar solitario, se fué a su coche y le dió orden a su chauffeur para que lo llevase a su casa.

Una vez en ella se puso a remover toda la Biblioteca para saber la historia del famoso diamante, hasta que por fin encontró lo que deseaba en un Diccionario, el cual explicaba la historia de la piedra diciendo:

«El Orlow es uno de los mayores diamantes del mundo. De una pureza extraordinaria, cuyo peso es de 190 kilates. Este diamante ha cambiado repetidamente de propietario, desapareciendo de un modo misterioso.»

Inmediatamente llamó por teléfono a la redacción del periódico más importante y le dijo:

—¿Quieren ustedes poner un anuncio?

Y en breves palabras redactó el texto de un anuncio, dando cuenta de que el famoso diamante Orlow estaba puesto a la venta.

Pasaron varios días sin que apareciese comprador alguno; pero, sin embargo, entre las amistades de Guigú había suscitado una viva curiosidad el que el famoso diamante estuviese en poder de éste.

Guigú, en aquella ocasión, aparecía ante todos hermético. No decía ni una sola palabra de la forma en cómo llegó a su poder el famoso diamante, y esto dió lugar a que la curiosidad fuese aún mayor.

Un día en que el señor Rosch había organizado una fiesta en su casa, los invitados a ella seguían comentando el asunto del «Orlow», cuando entró Guigú y todos corrieron a saludarle, con el fin de ver si podían sacarle algo.

Guigú, en cuanto empezaron a preguntarle sobre el asunto que tanto les interesaba, respondió:

—Es inútil que me pregunten... No sabrán de mí. Esto es horrible. El teléfono está todo el día en danza... No me dejan un momento en paz.

Su socio se acercó en aquel momento, y cogiéndolo de un brazo se lo llevó a un extremo del salón, y le dijo confidencialmente:

—Nadie se interesa de veras por ese ruso.

—¿Estás seguro?—le preguntó burlonamente.

—Sí—exclamó el señor Rosch—. Lo he visto y lo he oído; pero no lo consentiré. Estoy dispuesto a impedir que cometa tal tontería.

—¿De qué forma?... ¿No es ella libre de hacer lo que le dé la gana?

—Desde luego—exclamó el señor Rosch—; pero se me ha ocurrido una idea magnífica.

—¿Qué idea es esa?

—Ya verá. Ese ruso, indudablemente, será muy vulgar. En la fábrica no resulta del todo mal; pero aquí, en el salón, resultará un tipo ridículo.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Pues le he invitado para esta noche—le contestó el señor Rosch.

—¿Que le has invitado?

—Claro que sí—exclamó riendo el señor Rosch—. Imagínate cómo va a hacer aquí el paleta. A lo mejor viene con sombrero tirolés. Comerá el pescado con las pinzas del azúcar. Meterá cien veces la pata...

Guigú, pensando en lo que era Alejandro, sonrió burlonamente y le dijo:

—Has tenido una idea ingeniosa.

Y los dos socios se echaron a reír hasta el momento en que entró Nadia, quien al verlos reír de aquel modo se acercó a ellos y les dijo:

—Buen humor tienen ustedes hoy.

—Sobre todo éste—respondió Guigú—. Mi socio le ha preparado una sorpresa.

Nadia miró interrogativamente al señor Rosch, y Guigú, que vio entrar en aquel instante a Alejandro, le dijo:

—Mire, ahí viene la sorpresa.

Alejandro Alexandrovitch vestía elegantemente y su figura arrogante resaltaba mucho más con aquel traje de etiqueta de irrefragable corte. Vestía con una soltura propia del hombre acostumbrado a llevar toda clase de prenda, y el señor Rosch, al verlo, quedó sorprendido, viendo que todos sus planes se venían por tierra.

Alejandro, sin pasar del dintel de la puerta, miraba al

interior del salón, esperando descubrir a alguien, mientras que Nadia se acercó al señor Rosch y le dijo irritada:

—Comprendo cuál ha sido su intención. Ha querido usted ridiculizarle, ¿verdad?

Y sin atender las palabras de excusas que intentaba darle el señor Rosch, se fué hacia Alejandro, quien en aquel instante conversaba con Guigú, a quien le decía:

—¿Por qué le ha dicho usted a su socio quién soy yo?

—Si no le ha invitado por ser vos quien sois—respondió Guigú—. Lo ha hecho porque creía que usted se presentaría aquí hecho un palurdo.

—Entonces, ¿le he reventado?

—Naturalmente. Fíjese la cara que tiene.

Nadia había llegado ya hasta donde estaba Alejandro, y acompañada de él se fué hasta donde estaba el señor Rosch, que no salía de su asombro, y le preguntó burlonamente:

—¿Qué me dice usted de Dorochinsky?

—Pues... que para mí es un enigma—respondió el señor Rosch sin poder comprender lo que pasaba.

En aquel momento se acercó al grupo que formaban los dos socios, Nadia y Alejandro, un criado, y dirigiéndose a Guigú, le dijo:

—Dos señores le esperan en la antesala. Dicen que es sobre el asunto del diamante.

—Voy en seguida—respondió Guigú, saliendo tras el criado.

En la antesala, en efecto, había dos desconocidos que, apenas apareció Guigú, sacaron sus carnets de policía y se los mostraron, diciéndole:

—Venimos para tratar de un asunto de gran importancia.

—¿De qué se trata?—preguntó Guigú sin poder comprender la causa.

—Del diamante Orlov... ¿Quién le ha encargado su venta?—le preguntaron los policías.

—No puedo decírselo... Solamente les diré que es una persona de la cual respondo.

—Pues han sorprendido su buena fe... Esa piedra es propiedad del Gran Duque Alejandro Alexandrovitch.

—Exacto—contestó Guigú.

—Pues el mismo duque ha presentado una denuncia contra el vendedor.

—¡Imposible!—exclamó Guigú—. ¿Cómo ha podido el Gran Duque presentar esa denuncia.

—Puede convencerse de ella. El Gran Duque reside en el Hotel Imperial. Venga con nosotros y hablará con él personalmente.

—Vamos—respondió Guigú—; pero les suplico la mayor discreción.

Sabieron con dirección al Hotel Imperial, mientras que en la casa de Rosch, Nadia, cada vez más enamorada de Alejandro, pensaba en que bajo el disfraz de mecánico de aquel hombre se ocultaba otra persona, y le dijo de pronto:

—¿Quién es usted en realidad?

—El mismo que siempre ha conocido. Esta ropa me hace parecerme tal vez a otro.

Nadia se le quedó mirando fijamente, mientras que la orquesta tocaba una dulce melodía, y exclamó, refiriéndose a la música:

—¿Música de Mussorgsky?

—Perdone, es de Tchaikowsky—exclamó rectificando Alejandro—. Es la canzoneta... ¡Cuánto le gustaba a la princesa Nicolaievitch!

—¿Se trataba usted con la princesa?—preguntó Nadia, queriéndole sorprender.

El se dio cuenta, y respondió con gran serenidad:

—Claro que la conocí... Hasta hice viajes con ella en su yate.

—¿Y cómo logró usted entrar allí?—preguntó Nadia.

—Pues porque era un marinero de la dotación.

Pero, a pesar de todas aquellas explicaciones, Nadia no se convencía sobre la personalidad de Alejandro. Tenía la seguridad de que era algún noble ruso venido a menos y que quería ocultar su verdadera condición.

EL GRAN DUQUE ALEJANDROVITCH

Cuando Guigul llegó con los policías al Hotel Imperial, uno de ellos fué a donde estaba el «maitre», y le preguntó:

—¿Está el Gran Duque Alejandro?

—Sí, en el salón—respondió el «maitre».

Guigul Roller estaba cada vez más asombrado. ¿Era posible que él se hubiera podido dejar engañar tan fácilmente? Pero la realidad le demostraba que así había sido en efecto. Allí estaba el Gran Duque, acompañado de su esposa y de su hija. El empaque de aquel señor era evidente que se trataba de un gran noble, y además, su forma autoritaria de hablar, demostraba el de una persona acostumbrada a ordenar sin que se le discuta.

Uno de los policías lo presentó al Gran Duque, diciéndole:

—Alteza, el señor Roller, fabricante de automóviles.

—Mucho gusto—respondió el Gran Duque, quien a la vez le presentó a su esposa, diciéndole: —Mi señora... Mi hija, la princesa Eudisia...

Guigul fué haciendo reverencias a medida que se sucedían las presentaciones, hasta que el Gran Duque le preguntó:

—¿Quién le encargó de vender el Orlow?

—El Gran Duque Alejandro Alejandrovitch—respondió Guigul.

—¿El Gran Duque?—exclamó—. Usted se ha dejado engañar fácilmente—. No hay más que un Gran Duque Alejandro Alejandrovitch, y ese soy yo. El Orlow es mío. Lo prueba este documento firmado por el jefe de la casa Romanov. En el mismo Ministerio de Estado hay una copia de este

documento, que estos señores pueden atestiguar haberla visto.

—Efectivamente—respondieron los policías.

Guigú, expresando en su semblante toda la contrariedad que aquello le producía, les respondió:

—Estoy consternado. Conocí a ese hombre en París con uniforme de general.

—¡Bah!—exclamó el Gran Duque—. Un uniforme se compra en cualquier parte. Mientras se aclara el asunto, debe usted entregarnos el diamante.

—Lo siento, pero la piedra no está en mi poder—respondió Guigú.

—Pues ¿quién la tiene entonces?—preguntó el Gran Duque.

—La tiene ese individuo... ese Gran Duque.

—¡Ese granuja!, querrá usted decir—replicó el Gran Duque—. Señores—dijo dirigiéndose a los policías—. Es preciso detener a ese hombre inmediatamente e incautarse del Orlow.

—Tranquícese, Alteza. Así lo haremos—le dijo Guigú, al advertir su exaltación.

—¿Sabe usted dónde lo guarda?—le preguntó nuevamente el Gran Duque.

—Lo lleva sujeto siempre al cuello—respondió Guigú.

—¿Y dónde estará ahora ese hombre?

—En casa de mi socio, donde se está celebrando una fiesta... Es nuestro invitado.

—¡Invitado!—murmuró burlescamente el Gran Duque—. Antes esos granujas iban a la Siberia... Ahora los invitan fabricantes de automóviles... ¡Increíble!

—¿Quiere usted conducirnos a casa de su socio?—le dijo un policía, quien a su vez lo expresó al Gran Duque:—Conveniría que usted también viniera con nosotros.

—Con mucho gusto—respondió el Gran Duque—. Tengo deseos de conocer personalmente a ese falsificador.

Mientras tanto en la fiesta que daba el señor Rosch Nadia seguía cada vez más animada al lado de aquel hombre a quien desde el primer momento se había entregado, a pesar de la lucha que había sostenido consigo misma.

La orquesta comenzó a tocar un vals, y Alejandro la dijo:

—¿Quiere usted que bailemos?

Ella se dejó coger por él y juntos se lanzaron al centro

del salón bailando, hasta que Nadia le dijo burlonamente:

—Para haber sido marinera baila usted muy bien.

—Es que fui marinero en el agua y bailarín en tierra—respondió Alejandro bromeando.

Nadia lo miró sonriendo, y siguiendo la broma le dijo:

—Ya me había figurado que también había ejercido esa profesión. Se advierte en seguida en su forma de bailar.

Terminaron de bailar, y Alejandro, cogiéndola del brazo, le preguntó:

—¿Me permite que le ofrezca un refresco?

—¿Ha sido usted también «barman»?—preguntó Nadia.

El la miró con cierto aire de broma y le dijo:

—¿Sabe usted una cosa?... Me interroga más que si fuera un juez.

—¿Le molesta a usted que me interese?—preguntó Nadia.

—Todo lo contrario. Para mí es un orgullo el que una mujer tan extraordinariamente bella, como usted, se interese por un pobre obrero como yo.

Guigui y los dos policías, acompañados del Gran Duque, había llegado ya a casa de Rosch y su socio fué en busca de Rosch, a quien dijo:

—Necesito hablarte inmediatamente.

—¿Qué sucede?—preguntó el señor Rosch.

—Pues sencillamente, que ese ruso que tenemos en la fábrica es un farsante. Se hace pasar por una persona que no es.

—Ya decía yo que era un sinvergüenza, un estafador vulgar. ¿Cómo lo sabes tú?

—Pues porque se me presentó como el Gran Duque Alejandro Alexandrovitch.

—¿Y picaste?

—Sí—respondió Guigui—. Imagínate mi situación. El no es el Gran Duque Alejandro Alexandrovitch; pero sí el personaje misterioso que me encargó de la venta del diamante.

—¿Es decir que también es un ladrón?... Pues hay que denunciarlo a la policía.

—No es preciso, porque ya están aquí dos comisarios. Ven te presentaré a ellos, están acompañados por el verdadero Gran Duque.

El señor Rosch fué inmediatamente donde estaban los po-

licias y su socio se los presentó, lo mismo que al Gran Duque, a quien dijo el señor Rosch:

—Es para mí muy lamentable que esto ocurra en mi propia casa.

—No debe usted inquietarse—respondió el Gran Duque—. Eso le puede ocurrir a cualquiera... Presénteme a ese Gran Duque.

Precisamente Alejandro Alexandrovitch estaba en el jardín acompañado de Nadia, y el señor Rosch se lo indicó, diciéndole:

—Aquél es. Mírele allí.

El Gran Duque se caló el monóculo y exclamó:

—Tiene cara de truhán... ¿Cómo han podido dar crédito a sus palabras?

—¡Yo, no!—exclamó el señor Rosch—. Ha sido mi socio quien dió fe a cuanto le dijo.

—¡Vamos a detenerlo!—exclamó un policía.

Fué con su compañero y el señor Rosch al jardín, y el mismo dueño de la casa se acercó a los dos jóvenes, diciéndole a ella:

—Nadia, ¿qué diría usted si le comunicaran que este hombre es un estafador?

—Muy interesante—respondió Alejandro Alexandrovitch con una sangre fría admirable—. Continúe usted.

—Pues sí, continuaré—exclamó el señor Rosch—. Usted se ha hecho pasar por el Gran Duque para vender el diamante Orlov... Pero tiene mala suerte, porque el verdadero Gran Duque está ahí dentro.

Alejandro Alexandrovitch se echó a reír y exclamó:

—Ahora sí que me interesa de veras.

—Nadia miraba alternativamente al señor Rosch y a Alejandro, hasta que preguntó intrigada:

—¿Pero qué significa todo esto?

—Pues muy sencillo, que la policía detendrá a este hombre.

Se volvió hacia la puerta y llamó a los policías, diciéndoles:

—Pasen, señores.

Pero antes de que entraran los policías, Alejandro, de un salto, ganó la balaustrada y salió a la calle, para librarse de que lo prendieran los policías.

La huida de Alejandro Alejandrovitch era una confesión clara de que se trataba de un falsario, que había tenido la intención de vender el diamante Orlov, y por lo mismo, una hora después, Guiguí llegaba de nuevo al hotel, cuando la Gran Duquesa estaba haciendo el equipaje, y le dijo:

—Alteza, vengo a decirle a usted la verdad.

El Gran Duque lo miró intranquilo, y Guiguí continuó diciéndole:

—Antes no sabía con seguridad quién era el verdadero Gran Duque, pero ahora que estoy convencido quiero decirle quién tiene el diamante Orlov.

—¿Quién?—preguntó el Gran Duque.

—El «Orlov» lo tengo yo, y me alegro de poder devolvérselo a su legítimo dueño.

—Es usted habilísimo—exclamó el Gran Duque, apoderándose del diamante que le entregaba Guiguí—. Merece usted la gratitud de los Romanov... ¡Le dedicaré una fotografía mía en prueba de afecto!

—Agradecidísimo, Alteza—respondió Guiguí.

EN LA COMISARIA

Al huir de casa del señor Rosch, Alejandro Alejandrovitch se fué directamente a la Comisaría general de la policía, y se presentó al comisario, diciéndole:

—Vengo a denunciar a un individuo que se quiere hacer pasar por el Gran Duque Alejandro, usurpando mi verdadera personalidad.

En pocas palabras la refirió la historia del diamante y lo que había ocurrido, hasta que el Comisario le dijo:

—Yo no dudo de su sinceridad; pero ya comprenderá que la justicia necesita pruebas... Yo no puedo detener a ese hombre por una simple acusación suya. Debe usted ir a la Comisaría de su distrito con los documentos que acrediten su personalidad.

—Pero es que si no nos precipitamos se nos escapará.

—Será lamentable; pero hay que cumplir todos los trámites necesarios.

—¿Se niega usted entonces a la orden de detención?—preguntó desesperado Alejandro Alejandrovitch.

—Me niego hasta que no tenga la corteza absoluta.

—Pues entonces irá yo mismo a detenerlo—terminó diciendo Alejandrovitch.

En el hotel, Guiguí se había despedido ya del Gran Duque, y éste dió orden de que llevaran su equipaje al aeródromo, puesto que había de partir inmediatamente. Cuando le avisaron que el coche le esperaba, salió con los policías y sus familiares. Mas al llegar al pie de la escalera, un camarero se acercó a él y le dijo:

—Hay una comisión rusa que desea saludar a su Alteza.

—No tengo tiempo que perder—respondió el Gran Duque.

—Es que son estos señores que están aquí.

El Gran Duque, viéndose en la imposibilidad de poder evadirse, se dirigió a los que formaban la comisión y les dijo:

—¿Quiénes son ustedes?... ¿Qué desean?

—Alteza—le dijo uno de ellos— Soy el príncipe Leónidas Popoff, antiguo comandante, hoy camarero.

Se adelantó el otro y le dijo:

—Soy el Barón Gariassin, antiguo ayudante imperial, hoy comparsa de cine.

Otro nuevo personaje se adelantó y le dijo:

—Soy el Barón Ignatieff, antiguo embajador, hoy portero.

El Gran Duque afectando una gran pena por la situación en que se encontraban todos aquellos hombres, se llevó un pañuelo a los ojos y exclamó:

—Estoy conmovido, señores, por esta despedida. Yo, en nombre de nuestra querida patria, les saludo a todos.

Mas en aquel preciso instante apareció Alejandro Alejandrovitch, y cuantos habían acudido a despedir al Gran Duque, exclamaron al ver al joven:

—¡Alteza!... ¡El Gran Duque Alejandro Alejandrovitch!... ¡Sacha!

El Gran Duque cambió de color. Una intensa palidez cubrió su rostro, y se dispuso a marcharse. Pero antes que pudiera dar un paso, se acercó a él uno de los que parecía figurar en la comisión y le dijo:

—No corra, Alteza.

—Sólo tengo dos minutos de tiempo—respondió el Gran Duque.

El desconocido le mostró una placa de policía y le dijo:

—No lo crea. Tiene usted lo menos dos años de cárcel.

Entregó al falso Gran Duque a dos compañeros suyos, y se dirigió hacia la parte superior del hotel para apoderarse de los demás. La que se hacía pasar por Gran Duquesa bajaba en aquel momento acompañada de la otra, que se decía su hija, y el que había detenido al falso Duque se acercó a ellas y les dijo:

—Basta ya de comedias, señoras... Vengan ustedes a hacer compañía al Gran Duque. No le gustará dejarlas a ustedes solas durante estos dos años que le quedan de cárcel.

—¡Quisiera saber quién nos ha denunciado esta vez!— exclamó irritada la que se hacía pasar por gran duquesa, a la vez que seguía a la policía.

Aquella noche, Nadia estaba en un estado de nerviosidad imposible de contener. La escena que había presenciado con la huida de Alejandro Alexandrovitch, llevaba a ella el convencimiento de que, en efecto, el hombre a quien amaba era un vulgar ladrón que había querido aprovecharse de su credulidad.

Despidió a la doncella para quedarse sola en su cuarto y se acostó, después de haber apagado la luz.

Cuando aún no había tenido tiempo para quedarse dormida, sintió que se abría el balcón de su cuarto y aparecía una sombra de hombre. Encendió la luz, y al ver a Alejandro dió un grito, al mismo tiempo que le decía:

—¿Qué quiere usted?

—Silencio—le dijo él—. Me persigue la policía—. Y señaló el balcón por donde había entrado.

Ella sin darse cuenta de su acción lo hizo quitar de allí, diciéndole:

—Retírese del balcón... ¡Pueden verle!

Alejandro sonrió al ver el acto de la joven, y se acercó a ella. Mas entonces llamaron a la puerta de la habitación, y Nadia le obligó a esconderse tras de su cama, mientras que ella preguntaba:

—¿Qué ocurre?

—Me pareció oír a la señorita... ¿Le sucede algo?—preguntó desde fuera la doncella.

—Nada; puedes acostarte—le respondió Nadia.

Cuando comprendió que su doncella se había alejado sacó a Alejandro de su escondite y le dijo:

—En buen apuro me pone usted.

—No la comprendo—respondió tranquilamente Alejandro Alexandrovitch.

—Demasiado sabe usted lo que quiero decirle.

El se la quedó mirando, y sin hacer caso del temor que expresaba la joven, le dijo entusiasmado:

—¡Es usted encantadora, Nadia!

Nadia, al ver que se acercaba a ella, tuvo miedo, creyéndole un ladrón, y le dijo:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Sencillamente quitarle el collar que lleva. Debe ser de gran valor.

Nadia le miró astutada, pero se dejó quitar el collar, que él se guardó sonriendo.

Al mismo tiempo llamaron a la puerta, y Nadia preguntó:

—¿Quién es?

—Somos nosotros, Rosch y Guigui—respondieron desde fuera.

Nadia se consideró salvada al oír que se trataba de sus amigos, y miró a Alejandro, que le dijo:

—Puede usted hacer lo que quiera.

—¿Qué desean?—preguntó otra vez Nadia, dispuesta a perdonar a Alejandro.

—Venimos a poner en su conocimiento que el ruso ese... Dorochinsky... es el verdadero Gran Duque Alejandro Alexandrovitch.

—Muchas gracias—respondió Nadia, que se volvió hacia Alejandro sonriendo.

—Este sonrió a su vez y exclamó:

—¿Qué se le va a hacer!... Ya sabe usted quién soy.

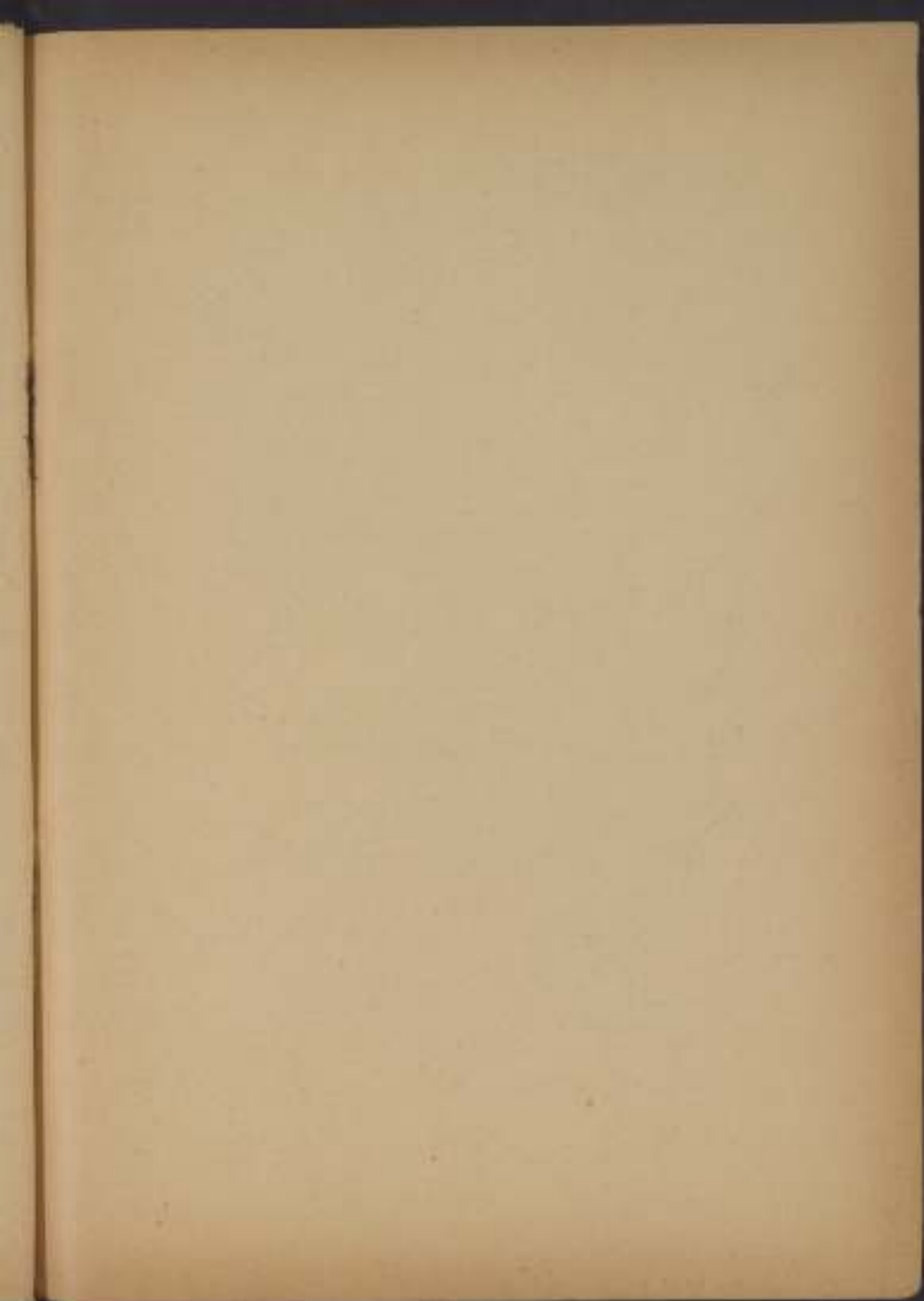
—Tonto—respondió ella echándole los brazos al cuello—. ¿Crees que no lo sabía? Estaba segura de que no eras ningún ladrón, aunque algo sí que me has robado... me has robado todo mi cariño.

Alejandro Alexandrovitch sacó entonces el diamante Orlov, que había recogido de Guigui antes de ir a ver a Nadia, y se lo puso al cuello, diciéndole:

—Pues esto nos servirá para que nunca nos separemos.

Y en el misterioso silencio de la noche sonó un beso, que era como el prólogo de un amor que sería tan grande como las vidas de los dos enamorados.

FIN



9611

SOLAMENTE EN **Ediciones BIBLIOTECA FILMS** y **Selección FILMS DE AMOR**

aparecen los nuevos grandes astros
en sus más portentosas creaciones.

CARLOS GARDEL

LUCEB DE BUENOS AIRES
ESPRAME
MILADIA DE ARRABAL

HENRY GARAT

DOE CORAZONES Y UN LATIDO
UN CHICO ENCANTADOR (Il est charmant)
SE FUE MI MUJER
SUEÑO DOBADO
PARIS-MONTECARLO

BORIS KARLOFF

EL DOCTOR FRANKENSTEIN
EL MILAGRO DE LA FIA
EL DELINCUENTE
III. RESUCITADO

CARY GRANT

LA VENUS RUBIA
MADAME BUTTERFLY
NACIDA PARA PECAR

JEAN KIEPURA

TODO POR EL AMOR
HOY O NUNCA

CHARLES LAUGHTON

EL SIGNO DE LA CRUZ
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS

WARREN WILLIAM

LA AMANTE INDOMITA
VAMPIRESAS 1953

Ediciones BIBLIOTECA FILMS.—1'00 peseta

Selección FILMS DE AMOR.—50 céntimos

PRECIOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Seccións afines: audios y colecciones especiales, previo envío del importe en sellos de correo. Remitas cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

